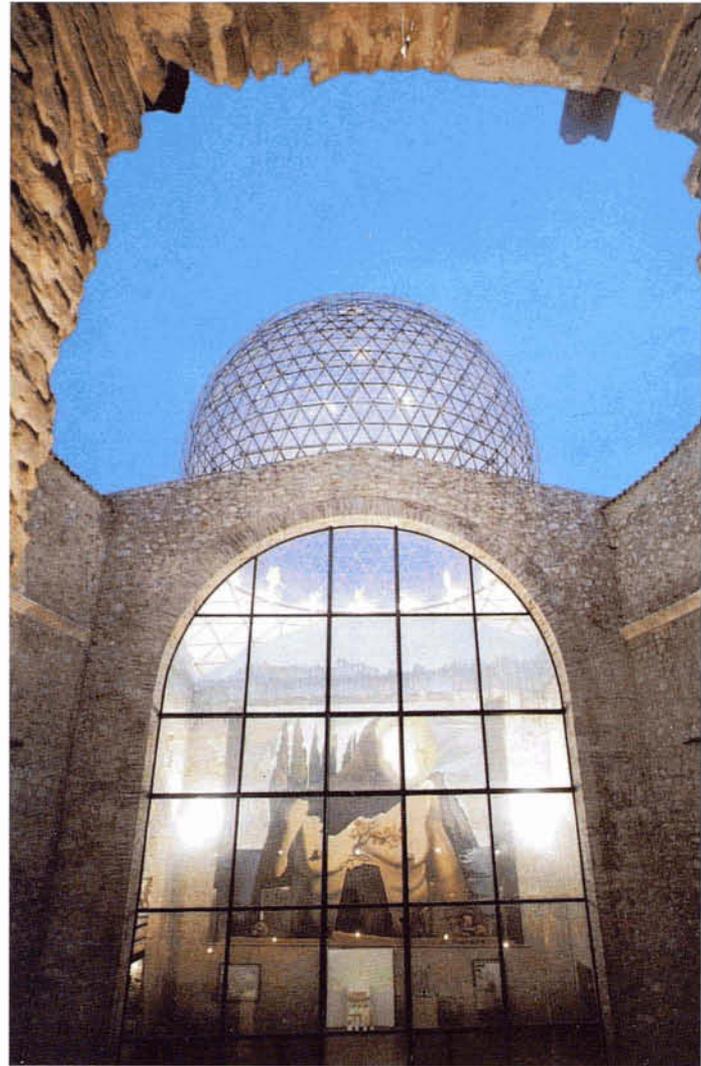
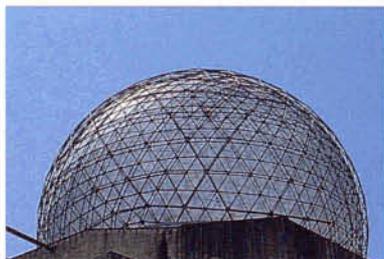


EL TEATRO-MUSEO DALÍ



© ELOI BONJOCH



© DISTRIBUCIONS D'ART SURREALISTA SA.

MUSEO DALÍ. FIGUERES.

EL MUSEO DALÍ ES, PARA EL VISITANTE, UN JUEGO, UN ENIGMA QUE DESCIFRAR, UN CONJUNTO DE ESTÍMULOS PENDIENTES DE DESCODIFICACIÓN. ES UN MUSEO SURREALISTA Y UN TEATRO PARA EL ESPÍRITU; ES, AL MISMO TIEMPO, OBSCENO E INOCENTE, UNIVERSAL Y AMPURDANÉS, CIENTÍFICO Y AVENTURADO.

VICENÇ PAGÈS PERIODISTA

Salvador Dalí (1904-1989) pudo llevar a cabo un proyecto que pocos artistas han logrado: diseñar y realizar un museo propio en su ciudad natal. Este hecho explica muchas características de ese espacio tan peculiar y personal que es el Teatro-Museo de Figueres, el segundo más visitado de España, con una afluencia de hasta 5.000 personas diarias en verano.

La idea de llevar a cabo el Museo se hizo pública en 1961, cuando el pintor era ya un creador reconocido que vivía entre Nueva York y Cadaqués, y Figueres no contaba todavía con ninguna obra suya.

Desde los inicios, el museo debía tener un gran valor simbólico. El hecho de elegir el antiguo Teatro Municipal -un edificio neoclásico en ruinas desde la guerra civil- como sede no era fruto del azar, según Dalí; en primer lugar, porque él mismo reconocía que era un pintor eminentemente teatral; en segundo lugar, porque el edificio se halla ante la iglesia donde fue bautizado; y en tercer lugar, porque fue donde expuso por primera vez sus cuadros, cuando tenía catorce años. El valor que Dalí daba al Teatro-Museo se refleja en el hecho de que una de sus últimas voluntades fue que le enterrasen allí.

Dalí siguió de cerca el desarrollo de las obras y el traslado de sus cuadros desde el extranjero. La construcción de la gran cúpula metálica acristalada y su pintura mural *Palacio del viento* le ocuparon muchas energías. No en vano pudo decirse que comenzaba la casa por el tejado. Entusiasmado con las obras, en 1973 declaraba: “Haré de Figueres un museo rico en antiputrefacción espiritual”. Finalmente, en 1974, el Teatro-Museo Dalí se inauguró entre el general escepticismo: después de que hubiera declarado que no pensaba rehabilitar el edificio y que las copias fotográficas eran superiores a los originales, mucha gente cuestionaba que el museo contuviera realmente obras suyas.

Antoni Pitxot, director del Teatro-Museo desde el primer instante, ha respetado la voluntad del artista por encima de criterios comerciales o museográficos. Así, por ejemplo, no existe un catálogo de las obras que contiene ya que, como explica Pitxot, “éste debía ser un museo abierto, y un catálogo lo limitaría”.

De este modo, el Museo es, para el visitante, un juego, un enigma que descifrar, un conjunto de estímulos pendientes de descodificación, en definitiva, un texto. El edificio original, un teatro de tres pisos que destinaba tanto espacio al escenario como a la platea, con corredores, salas y rincones inesperados, propone al visitante el *descubrimiento* del autor: según el itinerario elegido, según se fije en uno u otro detalle, según pase por alto este dibujo o aquella escultura, la *interpretación* del Museo, es decir, la personalidad y la obra de Dalí, será distinta. Ahora bien, el paseante puede sentirse intruso en un texto sin referencias, como si de pronto se hubiera encontrado en una casa particular y no en un museo público.

El Teatro-Museo contiene una docena de los cuadros más valiosos de la iconografía daliniana, al margen de otras piezas notables también. Podemos citar, entre los más representativos, *La cesta de pan* (1945), que demuestra el dominio de la técnica del artista; *Autorretrato blando con loncha de bacon frito* (1941), una muestra de pintura antipsicológica, “porque en vez de pintar el alma he pintado la envoltura, el guante”; y *Leda atómica* (1949), enésimo retrato de la musa del creador del Ampurdán, realizado esta vez como composición matemática a partir de la proporción áurea y la Divina Proporción.

No todas las obras del Museo son de Dalí. Hay dos espacios reservados a los pintores ampurdaneses Antoni Pitxot y Evarist Vallès, y obras de otros artistas, como El Greco, Fortuny o Meissonier. Ahora bien, no todo son pinturas, ya que en el largo recorrido podemos encontrar *Ready Mades* de Marcel Duchamp, *Venus de Milo* con cajones y obras *pop*, entre otras esculturas y *performances* diversas, de las que el visitante desconoce la fecha, las circunstancias e incluso, a veces, el autor.

Uno de los componentes lúdicos del Museo son los distintos aparatos que el público puede accionar por una cantidad irrisoria. Entre ellos destaca un crucifijo articulado que se monta y desmonta y un Cadillac con maniqués que reciben una ducha si se introduce una moneda. Para observar de lejos la famosa composición *Gala mirando al mar Mediterráneo* que, a una distancia de veinte metros, se transforma en un re-

trato de Abraham Lincoln se puede utilizar una lente que también se activa pagando. Estos aparatos desmitifican la solemnidad de los museos ortodoxos y acercan el visitante a la diversión-espectáculo -porque deben pagarse- de un puesto de feria.

El placer del juego está también presente en la sala Mae West -donde el mobiliario conforma los rasgos faciales de esta actriz-, en las propuestas estereoscópicas y en los múltiples efectos de doble visión y otros fenómenos ópticos con que Dalí -un “loco de precisión”, según se definía él mismo- experimentó en sus cuadros. Asimismo, están presentes en las distintas salas y corredores del Museo los temas que le obsesionaban: el cuerno del rinoceronte, los pulpos, el *Angelus* de Millet, la horquilla en forma de bigote, el ácido dexosiribonucleico y tantos otros.

Al margen de las distintas obras de arte y *performances*, el Museo incluye una serie de homenajes y curiosidades difícilmente clasificables, de gran valor sentimental para Dalí, y que sorprenden mucho al visitante: una cama con patas en forma de peces, atribuida a Napoleón III; un bidet que se atribuye a la famosa casa de tolerancia Chabanais, un robot-momia realizado con circuitos impresos; un lavabo completo pegado al techo; una cobla de tamaño natural hecha de yeso; una barca sobre una columna de ruedas de camión; una reproducción a escala 1: 1 del *Moisés* de Miguel Ángel. Los dos patios del Museo, concretamente, son un modelo de desproporción fenomenal: hay tantos objetos, esculturas y cuadros por el suelo, en las paredes e incluso a 15 metros de altura que es imposible percibirlos todos. Queda claro, viendo tan aparente desorden, que Dalí buscaba más lo exhaustivo que la coherencia y que la imaginación desbordante no es comunicable del todo.

El Teatro-Museo Dalí de Figueres es un museo surrealista y un teatro para el espíritu. Tiene más de almacén iniciático que de pinacoteca personal. Como los dibujos dalinianos de los corredores del primer y el tercer piso es, al mismo tiempo, obscuro e inocente, universal y ampurdanés, científico y aventurado: el repaso y el resumen irresumible de una vida artística plena, compleja y fascinante. ■